

Tucídides y Sófocles ante la peste

“Apenas comenzó la buena estación, los Peloponesios y sus aliados invadieron el Ática... y cuando aún no llevaban muchos días en ella, comenzó por primera vez a propagarse entre los atenienses la famosa epidemia, que se dice que ya antes había sobrevenido en muchos lugares... aunque una epidemia tan grande y un aniquilamiento de hombres como éste no se recordaba que hubiese tenido lugar en ningún sitio” (Tuc. II, 47).

“Porque la ciudad, como tú mismo ves, está demasiado turbada y ni siquiera es capaz ya de levantar la cabeza por encima del mortífero oleaje de los mares, se consume en los tallos que producen los frutos de la tierra, se consume en las manadas de bueyes que pacen y en los infecundos partos de las mujeres. Un dios, portador de fuego, se ha lanzado sobre nosotros y atormenta la ciudad, la peste, el peor de los enemigos, por su culpa el casal de Cadmos se está quedando vacío” (Sof. *Edipo Rey*, 22-29).

Con estas palabras de Tucídides y de Sófocles respectivamente nos situamos ante un hecho histórico cuya resonancia tanto en el ámbito de la historia como en el de la medicina o en el de la literatura nadie puede negar.

En el año 430, cuando Atenas estaba en su segundo año de guerra contra Esparta, brota la epidemia en el Ática con una intensidad y virulencia tales que la población se ve seriamente diezmada. Éste es el hecho físico, fisiológico, histórico a fin de cuentas, pero no es éste el aspecto que nos interesa, sino cómo lo utilizan Tucídides y Sófocles en sus respectivas obras.

Tucídides, como historiador, no podía silenciar una circunstancia tan grave para su país, gravedad que dimana de sí misma, es decir objetiva, pero no inferior por sus implicaciones, o sea subjetiva. Si tenemos en cuenta la declaración que el autor nos hace al principio de su obra: “...me conformaría con que cuantos quieran enterarse de la verdad de lo sucedido y de las cosas que alguna otra vez hayan de ser iguales o semejantes, según la ley de los sucesos humanos, la juzguen útil. Pues es una adquisición para siempre (κτῆμά τε ἐς αἰεὶ) y no una obra de concurso que se destina a un instante” (Tuc. I, 22).

Si la tenemos en cuenta, digo, comprenderemos el porqué de la minuciosa y detallada descripción que nos da de la peste, en atención precisamente a una posible repetición de la misma, en cuyo caso la función ejemplar que Tucídides le confiere, cobraría todo su valor. Su aspiración no consiste en legar una terapéutica eficaz, ya que nos confiesa que los propios médicos perecían atacados por el mal, sino en dar una visión tan completa del mismo que, caso de reaparecer, pueda ser reconocido fácilmente.

Podríamos conformarnos con esta explicación, pero si profundizamos un poco más, si nos fijamos en el enclave en que Tucídides sitúa su análisis de la peste, no puede dejar de llamarnos la atención el hecho de que se halle situada entre los dos discursos de Pericles, el λόγος ἐπιτάφιος y el que pronuncia poco antes de su muerte. En el primero, Tucídides, por boca de Pericles, nos da la visión de una Atenas gloriosa, floreciente, módelica, el más hermoso elogio de Atenas que se haya escrito jamás, para pasar acto seguido

al estudio de la peste, ofreciéndonos así un contraste violentísimo, de la opulencia a la desolación, del bienestar a la mayor indigencia. Pericles tomará de nuevo la palabra para defenderse de unas acusaciones naturales pero infundadas, para reanimar a sus conciudadanos, pero la enfermedad ha hecho mella en él y morirá al poco tiempo, preludivo así el desastre ateniense del 404. Con lo cual la peste adquiere en las Historias el carácter de tragedia, tragedia de un hombre de estado y tragedia de una ciudad. Partíamos de un hecho médico, desembocamos en una situación trágica. Para decirlo en la metáfora del profesor Lichtenthaler, la peste nos aparece en definitiva como un tríptico, cuyos cuarterones representan Hipócrates, Pericles y el autor de las Historias.

Esta mutación en el orden de los valores que hemos atribuido a la peste en las Historias, no tendremos que buscarla en el Edipo. Sófocles, al enfrentarse con la leyenda de los Labdácidas, se encuentra con una temática esencialmente trágica, por tanto todos los elementos ajenos a ella que el poeta introduzca, y la peste es uno de ellos, quedarán inmediatamente investidos del dramatismo poético que fluye a lo largo de toda la obra.

El hecho de que Sófocles se haya inspirado en la peste que asoló Atenas el año 430, constituye una prueba aún más contundente de la calamidad que supuso para los atenienses. En efecto, los elementos de la tragedia existían ya, Esquilo había trabajado también sobre ellos, lo que Sófocles necesitaba era el principio que les diera una coherencia verosímil, para llegar a través de unos procedimientos casi de tipo policíaco, el descubrimiento del auténtico culpable, del responsable que estaba arruinando, sin quererlo y sin saberlo, su reino.

No vamos a hablar de la trama ni del mito del Edipo Rey; haremos solamente unas consideraciones sobre la peste y la forma como la ha utilizado Sófocles. Tebas está en una situación apurada; un mal misterioso se propaga entre sus habitantes, el pueblo ha recurrido a toda clase de sacrificios sin obtener ningún resultado satisfactorio, por todo ello un grupo de ancianos y de jóvenes acude a Edipo, su rey, en otro tiempo el salvador de la ciudad, para que sea de nuevo su libertador. Tan grave es la situación, la peste, que Edipo se había anticipado ya a estos deseos, enviando a Creonte a consultar los oráculos de Apolo. La respuesta velada del dios será la que desencadenará el hilo de la tragedia, paso a paso, pero inexorablemente.

Sófocles necesitaba un motivo, una *aitía*, para consultar el oráculo, y este motivo se lo proporciona la peste, circunstancia penosa, grave en sí misma, pero que lo será mucho más al resultar indirectamente responsable del descubrimiento de la genealogía de Edipo y de los atroces crímenes que inconscientemente e involuntariamente ha cometido. Es el momento de recordar que en Tucídides la peste supone una doble calamidad, como enfermedad aniquiladora, como preludio de la destrucción de Atenas. En ambos casos la peste gira en torno de una persona, Pericles en la obra de Tucídides, Edipo en la de Sófocles. El paralelismo entre ambas figuras es notable:

Pericles, en la exposición que de los hechos nos da el historiador, reúne todas las características del héroe trágico. Ha visto claramente que la guerra entre Atenas y Esparta era inevitable, la ha calculado y programado hasta en sus más nimios detalles, en los momentos difíciles, como en el de la peste, ha sabido imponerse sobre sus conciudadanos, restablecer su confianza y persuadirlos de no abandonar la guerra. Pero este mal que había vencido con su razón, le vence a él en su cuerpo y muere víctima de la enfermedad a los dos años y medio. El leit-motiv de la "vulnerabilidad" que preside la tragedia ática, desde Esquilo a Eurípides, la vulnerabilidad del hombre, incluso del mejor, precisamente del mejor, queda reflejado en su destino y le convierte, en este sentido, en uno de los héroes trágicos.

Del mismo modo, la suerte de Atenas, ligada a la de su guía, por una especie de fatalidad, se verá arrastrada a la ruina, al encontrarse sin sucesores dignos de él. Atenas se convertirá también en una ciudad trágica. Tucídides pasa del elogio sin límites en los capítulos 35 al 45 a un relativismo cíclico de la historia en el 64, 3: "...si en alguna ocasión decae nuestro poder, *ya que todo está destinado a disminuir*, quedará de él, al menos, un eterno recuerdo". Estas palabras de Pericles suponen una clarividencia y una visión fría

y objetiva de la realidad casi impropias, a tenor del poderío que ostentaba entonces Atenas. El historiador nos presenta, en rápida sucesión los elogios, la peste, la muerte de Pericles y el fin de la hegemonía ateniense, anticipándose así al decurso de la historia, para poder destacar, mejor aún, para que sus lectores remarquen la pérdida irreparable que suponía Pericles para su ciudad.

¿Y qué decir de Edipo? El héroe, el salvador, el libertador de la cruel Esfinge que tenía esclavizada a Atenas, el hombre que abandona a sus padres, así los consideraba él, en el temor de no cometer el horrible crimen que Apolo le había predicho. Sófocles nos lo presenta en Tebas, como rey y esposo de Yocasta, nada nos dice, salvo la alusión a la Esfinge, de su pasado, pero este pasado se irá desvelando en el curso de la tragedia en un clímax de suspense cada vez más dramático.

A este Edipo ejemplar acude el pueblo a implorar ayuda y él, amante de sus súbditos, doliente como ellos y por ellos, no rehúye los medios a su alcance para resolver en lo posible la dificultad en que se hallan, ignorando que es él mismo el causante de ella y que llegar a este descubrimiento comporta su desgracia.

Si Pericles ha salvado a su ciudad, Edipo también liberó a la suya, si la muerte del estadista supuso el hundimiento del imperio, la maldición que pesaba sobre Edipo ha provocado la peste en Tebas. Edipo, con todo, puede reparar el mal que ha causado, descubriéndose a sí mismo como el portador de la impureza; Pericles, al morir no puede hacer nada para evitar la caída ateniense. Su testamento político no será puesto en práctica por sus seguidores. ¿Cuáles son sus respectivas responsabilidades? Edipo, Sófocles nos lo dirá reiteradamente, es víctima del destino, un *δαίμων* lo ha impulsado, su vida es una "proyección trágica ad absurdum" afirmará Carles Riba. ¿Y Pericles? Para Tucídides su concepción política, su previsión, su organización estatal están fuera de toda crítica, pero nosotros, basándonos precisamente en palabras del historiador: "...Y era aquello oficialmente una democracia; pero, en realidad, un gobierno del primer ciudadano" (Tuc. II, 65, 9) aventuramos la posibilidad de que el desconcierto e incapacidad política inherentes a sus continuadores no sean sino el fruto de los años en que Pericles totalizó el poder en sus manos sin dar paso a una oposición organizada que pudiera, al faltar él, afianzarse en el poder. Un régimen político, que se llama democrático y modélico, no puede descansar en una sola persona, sino en unas instituciones, en unos partidos.

Dejando aparte este problema, es interesante asimismo considerar qué posición adoptan ambos escritores ante la aparición de la peste.

La simple lectura del prólogo de las Historias, especialmente del capítulo 22, ya citado, ahuyenta toda vacilación respecto a la rigurosa seriedad que Tucídides se había impuesto como norma al emprender su obra, pero si advertimos además que el propio autor, en el capítulo 48 del libro II afirma: "...porque yo mismo estuve enfermo y vi a otros muchos atacados por la enfermedad", se esfumará toda objeción seria a la literalidad de lo que allí se nos explica. En efecto, Tucídides, fiel a sus propósitos y consecuente con sus ideas, aborda la peste del mismo modo que el o los autores de las Epidemias transcriben sus experiencias médicas. Ya tendremos ocasión de volver sobre ello. Empieza hablándonos de la estación del año, de los lugares en que ya había sobrevenido dicha peste, de la zona por donde se inició, de la inutilidad de todos los recursos que se emplearon para atajarla, etc. Después de estas consideraciones de carácter general, pero no por ello menos interesantes, ya que son claramente revelativas del carácter natural, nosológico, aunque imprevisible e incognoscible, de la enfermedad, pasa a darnos una explicación detalladísima de todos los síntomas internos y externos que acusaban los afectados, así como del proceso que el mal seguía desde sus inicios hasta la aniquilación del enfermo en la mayoría de casos, si bien resalta que quienes lograban sobrevivir no eran susceptibles de volver a contraerlo. Es conveniente destacar la idea de contagiosidad, por más que esta palabra no se halle escrita en Tucídides; pero ¿qué otra cosa podemos interpretar hoy ante sus afirmaciones de que las aves y los perros no se acercaban a los cadáveres de los apestados, y, si lo hacían, perecían, de que quienes atendían a los enfermos morían y de un modo muy especial los médicos

al ser mayor su contacto con los afectados? En el capítulo 51, 4, afirma rotundamente: "...infectándose unos al atender a otros, morían como ovejas" (*ἕτερος ἀφ' ἑτέρου θεραπείας ἀναπιμπλάμενοι ὡσπερ τὰ πρόβατα ἐθνήσκον.*). Y esta misma idea está explicitada en el capítulo siguiente y aun fuera del contexto concreto de la peste, en el capítulo 58 del mismo libro cuando nos habla de la expedición de Hagnón a Tracia y Potidea, en la que "...los soldados atenienses que ya estaban allí enfermaron por "contagio" del ejército de Hagnón". Ésta es la traducción del profesor Adrados, si bien repito, la palabra "contagio" no aparece en el texto tucidideo: "... τοὺς προτέρους στρατιώτας νοσῆσαι τῶν Ἀθηναίων ἀπὸ τῆς ἐν Ἀγρωίνι στρατιᾶς." (Tu. II, 58, 2) es permisible y aun aconsejable en una actualización de conceptos, inferir la idea de contaminación de la preposición *ἀπό*.

Su exposición termina con unas consideraciones psicológicas y morales acerca de las reacciones, humanas, sí, pero reprecensibles, que los atenienses patentizaron ante una situación tan insegura y azarosa como la que estaban atravesando. No podemos silenciar el asomo de ironía con que Tucídides comenta, al principio, las súplicas en los templos y los oráculos que se consultaron para abatir el mal, así como la alusión, ya al final de su análisis, a una antigua profecía que anunciaba una peste "λοιμός", término de fácil confusión con "λιμός", "hambre"; profecía que en aquellos momentos se interpretaba como "peste", pero en opinión de Tucídides, si en cualquier otra ocasión se presentaba el hambre, triunfaría la segunda interpretación.

Hemos visto, pues, la claridad con que Tucídides enfoca esta cuestión, situándola en un plano real, objetivo, médico y prescindiendo por completo de *δαίμονες*, de castigos enviados por la divinidad, etc. Ello, no obstante, en el último discurso de Pericles puede verse una afirmación contradictoria, cuando el estadista para defenderse de los ataques y acusaciones que le han dirigido exclama: "...es preciso sufrir con la resignación de algo inevitable las cosas enviadas por la divinidad y con valor las que vienen de los enemigos" (*φέρειν δὲ χρὴ τὰ τε δαιμόνια ἀναγκαιῶς τὰ τε ἀπὸ τῶν πολεμίων ἀνδρείως* Tuc. II, 64, 2). Dos son, a nuestro entender, las explicaciones a estas palabras de Pericles: en un caso su intención era rubricar, por así decir, con la referencia a la divinidad, su total y absoluta falta de culpabilidad en la aparición de la peste; todo el discurso es una autodefensa, ¿será éste su último y definitivo argumento en pro de su inocencia puesta en entredicho por sus conciudadanos? Creemos que sí, acaba de decirnos: "Es que lo repentino, inesperado y que sucede sin posibilidad de cálculo, esclaviza el entendimiento, cosa que os ha ocurrido en lo relativo a la epidemia" (Tuc. II, 61, 3). Y volviendo sobre la misma idea: "...aunque además se haya sumado fuera de nuestros cálculos esta epidemia, única cosa inesperada que ha ocurrido" (Tuc. II, 64, 1). Para culminar su tesis, para convencer a los más reacios, la alusión a los dioses era casi obligada. Una segunda interpretación podría ser que Pericles realmente, anonadado por el cúmulo de circunstancias adversas viera en la divinidad la causa de sus males y de los de su ciudad. En cualquier caso no es el momento de dilucidar la postura religiosa de Pericles, aunque sí de remarcar que esta frase puesta por Tucídides en sus labios, revela, al menos, un espíritu religioso íntimo y deferente.

En último término, y esto es lo que queríamos poner de relieve, esta aparente contradicción no es tal, pues no es Tucídides quien habla, sino Pericles, y la intención del historiador es demasiado patente para volver sobre ella.

Vayamos a Sófocles, ¿cómo la entiende él? ¿Cuál es su origen en el Edipo Rey? La posición del poeta, al menos en esta obra, no puede ser más definida, en los versos 27 y ss., el sacerdote que acude en compañía de un grupo de ancianos y jóvenes a pedir ayuda a Edipo, nos dice: "Un dios portador de fuego se ha lanzado sobre nosotros y atormenta la ciudad, la peste, el peor de los enemigos"; y en 190 y ss. es el coro quien proclama: "Y Ares el brutal, que hoy, sin el bronce de los escudos me abrasa...", para acabar diciendo en el v. 215: "...como aliado contra este dios que entre los dioses carece de honras". Estas tres citas nos acercan más a Homero que a la época en que vivió Sófocles; en efecto, en el primer canto de la *Ilíada*, en el v. 8 y ss., es Apolo quien envía la peste a los aqueos,

en el Edipo, no otro sino Febo es el dios portador de fuego a quien alude el poeta. Más adelante la identificación se centra en Ares, pero en definitiva, lo que importa es la identidad entre divinidad y peste que Sófocles no vacila ni por un momento en asegurar.

Frente al escepticismo con que Tucídides considera las súplicas, las ofrendas, los oráculos, etc., como remedios para la epidemia, Sófocles nos presenta, a partir del verso cuarto, una ciudad humeante de incienso, arrodillada en los templos en actitud suplicante y plenamente confiada en los oráculos de Apolo que Edipo ha hecho consultar. El Sacerdote en los v. 149 y 150 nos dirá: "Que Febo, que nos ha enviado estos oráculos, quiera también acudir para salvarnos y poner fin a la peste".

La hipotética contradicción entre Tucídides y Pericles es inexistente entre Sófocles y Edipo, las firmes convicciones religiosas del poeta hallan un fidelísimo eco en Edipo, quien con ocasión de la peste se declara adalid de su propia causa y de la del dios, llevando esta fidelidad hasta los extremos conocidos por todos.

Por un momento podemos hablar de paralelismo psicológico entre el historiador y el poeta; comparemos el cap. 53, 3-4 del libro II, con los versos 863-910 del *Edipo Rey*, allí se nos habla del respeto perdido a la divinidad y a las leyes, como consecuencia de la peste; aquí el Coro, angustiado ante la idea de una posible culpa por parte de Edipo, apunta la eventualidad de un abandono religioso, de la desaparición del respeto a los dioses. Si Sófocles recoge en su peste tebana la que asoló Atenas, y éste podría ser un argumento más a favor de esta interpretación, es evidente que ambos autores reflejan y plasman la misma verdad psicológica.

Dejando aparte esta posible concomitancia, no podríamos encontrar, quizá, dos posiciones más antagónicas en este sentido que las sustentadas por Tucídides y por Sófocles al respecto, uno soslayando todo influjo divino y reduciendo el mal a causas naturales, el otro derivándolo única y exclusivamente de la divinidad. ¿Cómo conciliar estas dos tendencias coetáneas de dos figuras, por lo demás tan representativas? Sería preciso hablar con extensión de sus concepciones religiosas, y no es éste precisamente el tema de nuestra comunicación; podríamos quizá resumirlo con las palabras del profesor Alsina en su último libro, *Literatura griega*: "Frente al pensamiento humanístico que se estaba imponiendo en sus días, y según el cual la medida de todas las cosas es el hombre, la tragedia sofoclea proclama muy alto que ese centro y medida es Dios, como, siguiendo esta línea de pensamiento, dirá, años más tarde, el Platón de las *Leyes*".

Una tercera cuestión, que no podíamos omitir, es la referente al léxico empleado por los dos autores al referirse a la peste, léxico que en el caso de Tucídides concretamente nos llevará a un entronque clarísimo con Hipócrates y la medicina hipocrática.

Con todo, hay un problema previo, que convendría al menos plantear. ¿Hasta qué punto es lícito comparar un léxico descriptivo, histórico y prosaico (en sentido estricto), con otro descriptivo si se quiere, pero trágico y poético? La respuesta es difícil y preferimos dejar abierto el interrogante, por cuanto nuestro propósito simplemente estriba en parangonar la dualidad conceptual y llegar, en la medida de lo posible, a un origen unitario. No pretendemos, pues sería absurdo, que la obra sofoclea nos ofrezca un muestrario de expresiones médicas como nos lo puede dar y de hecho lo hace Tucídides, sino dilucidar a través de sus metáforas, de sus comparaciones si era el mismo su respectivo término de referencia.

En primer lugar, la palabra con que designan la peste es la misma, λοιμός, Tuc. II, 47, 3, Sóf. v. 28, si bien en otras ocasiones emplean ambos indistintamente νόσος ο κακός.

En segundo término, el vocablo, el adjetivo para ser más precisos, πυρόφορος que usa Sófocles, parece evocar la idea de calor febril que abrasaba a los enfermos y que Tucídides nos describe en II, 49, 2 y 5. Esta imagen el poeta nos la reitera; en el v. 166 nos habla de la "llama de la calamidad", φλόγα πύματος, y en el v. 192 el verbo φλέγει insiste en el hecho de que las víctimas se abrasaban a causa de la fiebre que Ares les enviaba.

La tercera similitud, más conceptual, podría hallarse en la lastimera queja que el coro en los v. 170-175 pronuncia recogiendo, con ligeras variaciones, los motivos que expone el

Sacerdote en los primeros versos de la parodos, a saber: la consunción de la ciudad tanto en los frutos, como en el ganado y, en especial, en los partos. Las mujeres no pueden engendrar nuevas vidas, sea porque el hijo nazca muerto, sea porque ella perezca antes de dar a luz. Tucídides no nos hablará de esto, pero sí de que la enfermedad empezaba por la cabeza, bajaba por todo el cuerpo y atacaba a los órganos genitales (II, 49, 8).

La cuarta concordancia, y quizá una de las más importantes, es la que implica la idea de contagio, que ya hemos comentado en Tucídides. En el v. 181 el adjetivo *ἄνατοζόρη*, literalmente "portadores de la muerte", referido a los cadáveres que yacían en el suelo, nos evoca la imagen que el historiador refleja en II, 50, 1-2: las aves y los perros evitaban a los muertos, pues de lo contrario sucumbían también ellas. Es decir, la peste de Tucídides y la de Sófocles eran *contagiosas*.

Podemos hablar también de relaciones generales entre ambos textos; "enfermo está todo mi pueblo y mi pensamiento no proporciona ninguna arma con la que nadie pueda defenderse", lamenta el coro sofócleo en los v. 168 y ss., mientras que en su relato Tucídides reconocerá: "Y no fue hallado ni un solo remedio, por así decir, que al aplicarlo resultara útil" (II, 51, 2); y también: "la población perecía dentro de la ciudad..." (II, 54, 1). Se abandonaron las prácticas funerarias ante la magnitud de la catástrofe: "...pues como la violencia del mal era extraordinaria, los hombres, no sabiendo qué hacerse, dieron en despreciar por igual las leyes divinas y las humanas. Todos los ritos antes seguidos para enterrar fueron trastornados, y enterraban como cada cual podía. Muchos incluso acudieron a modos impíos de enterrar por falta de las cosas necesarias, a causa de que ya se les habían muerto muchos parientes..." (II, 52, 3 y 4). Y Sófocles nos dice: en los versos 180-181: "Miserables, sus hijos yacen en el suelo, portadores de la muerte, sin que nadie los llore".

Por último, la comparación entre Tuc. II, 53, 3 y 4 y los versos 863-910 del *Edipo*, de la que ya hemos hablado, nos remite a una raíz que sólo puede explicarse en virtud de la experiencia directa que ambos autores tuvieron de la peste y de sus consecuencias en el ánimo de los atenienses.

Una vez puestos de relieve los principales puntos de contacto, a nuestro entender, entre ambos léxicos, nos parece evidente que el término de referencia es el mismo, si bien tratado de muy diversa forma en función del género literario a que estaban destinados respectivamente y de la mentalidad de sus autores.

Llegados a este momento, y dado que el tema que tratamos es esencialmente médico, resulta imprescindible hablar de Hipócrates, pero no sólo en este sentido, es decir, en el estrictamente profesional y científico, sino también para discutir y comentar algunas opiniones sobre la influencia, por no decir dependencia de Tucídides con respecto al médico de Cos.

El profesor Lichtenthaler, en su libro *Tucydide et Hippocrate vus par un historien-médecin*, Ginebra, 1965, ha dedicado toda la primera parte de su estudio a analizar las concordancias entre la descripción tucidídea de la peste y las *Epidemias* I y III y el *Pronóstico* hipocráticos. Dichas concordancias, entre mayores y menores, según subdivisión del propio autor, ascienden a 38. No vamos a comentarlas; simplemente queríamos dar una referencia exacta de la meticulosidad con que el profesor suizo ha procedido. También el profesor Page en 1953 escribió un artículo (en *The Classical Quarterly*) *Thucydides Description of the Great Plague at Athens*, estableciendo como seguro el conocimiento previo de Tucídides de la terminología médica hipocrática. Una tercera cita debe ser hecha a la tesis doctoral de Klaus Weidauer publicada en 1954, que abrió, por así decirlo, el camino a un estudio comparativo entre los dos escritores griegos.

Desde el punto de vista científico es, hoy en día, indiscutible la afinidad entre el historiador y el médico. Y ello es muy lógico y natural. Si Tucídides quería dar una versión fidedigna de los hechos, al enfrentarse con la peste el camino más adecuado a seguir era el que le habían trazado el maestro de Cos y sus discípulos, si bien en más de una ocasión se aparta de ellos en cuanto que su intención se cifraba más en una etiología política

que en una etiología puramente médica. Con todo, el proceso que sigue en su descripción, el análisis riguroso de las causas, del ambiente en que se produjo la epidemia, de los síntomas, etc., nos recuerdan y nos remiten a las Epidemias hipocráticas. El léxico es asimismo idéntico, los verbos ἀρχομαι, θνήσκω, πίπτω, ἀπτω, λαμβάνω, ἀκμάζω, los adjetivos ὑπέρυλλος y πελτρύος se repiten en las *Historias* y en las *Epidemias* o el *Pronóstico*.

Ahora bien, inferir, como lo hizo Weidauer, de estas concomitancias en un tema concreto y particular, especializado diríamos hoy, una dependencia, una sujeción en el planteamiento de la obra histórica tucidídea con respecto a Hipócrates es ir demasiado lejos. Si además tenemos en cuenta que los estudios hipocráticos que mayor similitud ofrecen, Las *Epidemias* I y III, no fueron escritos hasta el año 410 aproximadamente, como ha demostrado el profesor Deichgräber en un estudio publicado en 1933, y que el *Pronóstico*, en opinión de Lichtenthaeler, es posterior a la *Epidemia* I, es totalmente ilógico sostener que Tucídides no concibió ni organizó el plan de su obra hasta veinte años después de iniciarse la Guerra del Peloponeso. Es mucho más verosímil considerar que ambos estaban inmersos en la misma corriente humanística y racionalista y que esta afinidad espiritual, más patente cuando tratan un mismo tema, se diversifica en función de la finalidad de sus respectivas obras.

Nuestro desconocimiento de la fecha en que Tucídides compuso su historia (vocablo, por cierto, que no se encuentra en su obra) entraña un problema que ha dado lugar a numerosas controversias y origina el obstáculo más serio que se plantea a todo el que quiera abordar la cuestión de las interferencias entre Tucídides e Hipócrates. Con todo, si la crítica es unánime en reconocer el abismo metodológico y conceptual que separa a los logógrafos de nuestro historiador y en atribuirle unos postulados y procesos totalmente nuevos en la ciencia que iba a desarrollar, tal vez sea un excesivo paso atrás el negarle toda originalidad en la creación de estos métodos y podría llegarse a una síntesis entre la postura radicalmente mediatizada de Weidauer y la postura psicológica "de espíritus gemelos" que sostiene Lichtenthaeler.

Tucídides, en palabras de W. Nestle, "se ha apropiado totalmente el nuevo modo de pensar y se ha educado en el pensamiento contemporáneo", por lo tanto no sólo conoce la nueva ciencia médica, sino también el atomismo, la física jónica y la sofística. Su historia es un producto de la reelaboración que en su interior ha realizado de todos los progresos que su época le brinda. Tucídides no es un plagiador, es un hombre intelectual que utiliza ideas ajenas en tanto en cuanto las ha aprehendido, por esto su obra, reflejo de otras ciencias, tiene el sello inconfundible de su personalidad y de su originalidad.

Veamos ahora si se puede hablar de relaciones entre Sófocles e Hipócrates. Hemos visto ya cómo, al referirse a la peste, Sófocles recurre a su origen divino y confiesa que no hay remedio humano para un mal tan grave. En cambio, en la *Antígona*, v. 361 y ss., reconocerá: "Y sabe escapar de las enfermedades, aun de las más rebeldes", en una oda que canta las maravillas y misterios del ingenio humano. No obstante, su reconocimiento de los éxitos alcanzados por la ciencia médica, de origen reciente, le impulsa a la introducción de un nuevo dios, Asclepio, componiendo incluso un himno en su honor. Sófocles está demasiado convencido de los límites del intelecto humano y de la supremacía absoluta de la divinidad como para entusiasmarse con una ciencia que proclama: "Por lo que respecta a la enfermedad sagrada ocurre lo siguiente: me parece que no es en modo alguno más divina ni más sagrada que las demás enfermedades, sino que tiene la misma causa natural" (Tratado sobre "La enfermedad Sagrada", Cap. I). Mientras la medicina hipocrática se dedica sistemáticamente a ridiculizar y destruir los ritos catárticos y las supersticiones con que se pretendía curar enfermedades, Sófocles sigue aferrado a la religión popular con todas sus instituciones de carácter cultural y de un modo especial a la mántica. Su divisa, frente a la nueva orientación de su tiempo es: "Volved a la religión de vuestros padres".

Un último aspecto vamos a sintetizar: el cronológico. ¿En qué fecha se escribieron la descripción de la peste de Tucídides y el Edipo Rey sófocleo? Desgraciadamente ninguna

de las dos nos es conocida. Hemos indicado ya la controversia existente en torno a la composición de las Historias; la tendencia actual se inclina por una redacción posterior al término de la guerra, es decir, después del 404, si bien es indiscutible que el historiador fue acumulando material a lo largo del transcurso de la contienda.

En cuanto al Edipo Rey ignoramos también el año en que fue representada; la mayoría de críticos la sitúan en el centro de la producción dramática de Sófocles y basándose precisamente en la peste ateniense la datan o en el mismo año 430 o un poco posterior, sirviendo de término "ante quem" el eco que Aristófanes en los Acarnienses (año 425) pone en boca de Diceópolis: "Oh ciudad, ciudad mía" de la apelación que pronuncia Edipo en el v. 629.

Buscar en este confuso panorama si el historiador se dejó influenciar por el trágico o viceversa nos parece ir demasiado lejos; como constatabamos al principio es el hecho en sí de la peste el que afectó a ambos y lo interesante era ver de qué manera lo enfocaban, como hemos intentado exponer.

No se trataba tampoco de dilucidar qué clase de peste es esta a la que se alude. Voces mucho más autorizadas han apuntado diversas posibilidades: peste bubónica, fiebre tifoidea, viruela, escarlatina, forma grave de sarampión y Sir William Mac Arthur ha argumentado de manera, al parecer, decisiva en favor de un tifus exantemático. Pero la discusión continúa y, por muy apasionante que sea, nuestros conocimientos médicos no nos permiten abordarla.

EULALIA VINTRÓ